

#30

HUMANOS, HORMIGAS, PARÁSITOS: DEVORAR Y SER DEVORADO EN LA AMAZONÍA DE SURINAM

Simon Lobach

Graduate Institute for International and Development Studies, Ginebra

Artículo || Invitado | Publicado: 01/2024
DOI 10.1344/452f.2024.30.6
simon.lobach@graduateinstitute.ch

Ilustración || © Simon Lobach. Imagen incluida en el artículo por el autor.

Texto || © Simon Lobach – Licencia: Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional de Creative Commons

Traducción || © Ariel Camejo





Resumen || Las poblaciones de la Amazonía surinamesa, sean ellas de origen indígena o africano, han implementado durante siglos diversos sistemas de rotación de cultivos. La presencia de hormigas en sus parcelas era vista como un indicador del agotamiento de la fertilidad. Se consideraba que las hormigas señalaban la necesidad de abrir una nueva parcela en otro lugar, desempeñando así un papel importante para las comunidades. El poder colonial en Surinam, incluso aunque fuera una colonia neerlandesa hacía siglos, era muy poco presente en el espacio amazónico hasta bien entrado el siglo XX. Los biólogos que participaban en las primeras expediciones científicas en el espacio amazónico de la colonia interpretaron la interacción de humanos y hormigas como señal de la naturaleza «parasítica» de ambos. Este ensayo muestra cómo las campañas de erradicación de hormigas, financiadas por el poder colonial desde los años 50, abrieron el camino para grandes proyectos infraestructurales, con poder destructivo muchas veces más significativo que los métodos de cultivo tradicionales.

Palabras clave || Hormigas | Cultivos | Amazonía | Surinam | Colonialidad | Erradicación de hormigas

Humans, formigues, paràsits: devorar i ser devorat a l'Amazònia de Surinam

Resum || Les poblacions de l'Amazònia surinamesa, siguin d'origen indígena o africà, han implementat durant segles diversos sistemes de rotació de cultius. La presència de formigues a les seves parcel·les era vista com un indicador d'esgotament de la fertilitat. Es considerava que les formigues assenyalaven la necessitat d'obrir una nova parcel·la en un altre lloc, jugant així un paper important per les comunitats. El poder colonial a Surinam, inclús en el cas de ser una colònia neerlandesa fa segles, era molt poc present en l'espai amazònic fins ben entrat el segle XX. Els biòlegs que participaven en les primeres expedicions científiques a l'espai amazònic de la colònia van interpretar la interacció d'humans i formigues com una senyal de la naturalesa «parasítica» d'ambdós. Aquest assaig mostra com les campanyes d'erradicació de formigues, finançades pel poder colonial des dels anys 50, van obrir el camí per grans projectes infraestructurals, amb poder destructiu moltes vegades més significatiu que els mètodes de cultiu tradicionals.

Paraules clau || Formigues | Cultius | Amazònia | Surinam | Colonialitat | Erradicació de formigues

Humans, Ants, Parasites: Eating and Being Eaten in the Surinamese Amazon

Abstract || The populations of the Surinamese Amazon, whether of indigenous or African origin, have used different crop rotation systems for centuries. The presence of ants in their plots was considered an indicator of fertility exhaustion. The ants were seen as a sign that it was necessary to start a new plot elsewhere and thus played an important role for the communities. Despite being a Dutch colony for centuries, the colonial power in Suriname had little presence in the Amazon region until well into the 20th century. Biologists who participated in the colony's early scientific expeditions to the Amazon interpreted the interaction between humans and ants as a sign of the "parasitic" nature of both. This essay shows how ant eradication campaigns financed by the colonial power since the 1950s have paved the way for large-scale infrastructure projects with a destructive power many times greater than traditional cultivation methods.

Keywords || Ants || Crops || Amazon || Suriname || Coloniality || Ant eradication

Un sonido atronador sorprendió a la aldea en medio de las sabanas al comenzar aquella mañana de la estación seca. Una canoa gigante, pero con alas como de insecto, intentó aterrizar en el suelo arenoso. Falló un par de veces y entonces se marchó volando. Por el resto de su vida, Kunawaruku ha recordado este suceso, sobre el que compuso una canción que ahora se ha hecho popular en su comunidad Trió, en el interior de Surinam:

Jësinaewa èhtèkëeirè	Grita y llora
jekanawaimèrè sere	Pues esta es la canoa gigante
jarètono jarètono mēèrè jènètono mēèrè	Los caníbales han venido a comerte
jepanamakirii jesaututao tīrikè	Échale un poco de sal, dice el blanco
nīkatankene jènètono	Dice el come-gente
jesautupopa tīrī	Échale un poco más de sal
jipoinje tīrī	Que quede sabroso
nīkatankene jènètane	Dice el come-carne
jènètono mēèrè	El come-gente te va a devorar (Kunawaruku, 1995) ¹

Aquel 16 de octubre de 1939, el monoplano de ala alta Fokker de KLM «De Snip», llamado así por el ave zancuda que se encuentra comúnmente en los Países Bajos, no intentaba atrapar caracoles ni gusanos en la arena mojada. Los hombres sentados a bordo del avión tampoco estaban interesados en echarle sal a los humanos que encontrasen. Su misión era mucho más importante: proporcionar mapas aéreos para futuras investigaciones botánicas. Según sus rudimentarios mapas, la aldea de Kunawaruku estaba situada en el extremo sur de Surinam, pero esto era solo una realidad en el papel: más de la mitad de esta colonia neerlandesa apenas había comenzado a ser explorada por el poder colonial. Al avistar la sabana, después de horas de densa selva tropical, la tripulación inició un descenso cerca del lugar donde habían identificado una aldea de comunidades indígenas, pero desistieron al percatarse de que el terreno era muy accidentado para un aterrizaje (Stahel y Geijskes, 1940a). Una lástima, pues no conocieron a Kunawaruku.

El personal académico de la expedición, el botánico suizo Gerold Stahel (1887-1955) y el entomólogo neerlandés Dick Geijskes (1907-1985), no estaban preocupados por los caníbales, sino por las hormigas. Stahel había obtenido un doctorado en Basilea por su investigación sobre los hongos, un campo que entonces formaba parte de la botánica. Por alguna coincidencia, este nacido en Zúrich terminó precisamente en Surinam, donde fue nombrado en 1914 como director del Landbouwproefstation (Centro de Investigación Agrícola) de Surinam. Durante sus 25 años en este cargo, hizo importantes descubrimientos sobre los hongos parásitos que destruían las plantaciones de cacao, caucho y banano, antes de ampliar su investigación para incluir la microbiología y la zoología, recopilando datos sobre los protozoos y los escarabajos que devastaban los cultivos de café en Surinam en la década de 1920 (Reyne, 1955). Para ese entonces, su área de estudios incluía cualquier criatura que se considerara dañina para las especies que servían como fuente de

<1> La traducción al español fue hecha a partir de la versión en neerlandés de Michiel van Kempen.

alimento al ser humano, con lo cual, se alejó progresivamente de los hongos en los que se había especializado. Sin embargo, finalmente pudo combinar ambas orientaciones al caer bajo el hechizo de una hormiga cortadora de hojas que asolaba los cultivos de los habitantes del interior amazónico de Surinam: la *Atta cephalotes* (Stahel, 1938).

Este ensayo se basa principalmente en una serie de informes de viajes producidos por Geijskes y Stahel a finales de los años 1930 y 1940. Yuxtapongo sus hallazgos con otras formas de conocimiento, incluido el conocimiento de los habitantes tradicionales de la Amazonía de Surinam, así como la biología y la ecología modernas. Para arrojar luz sobre el discurso a través del cual conservacionistas, biólogos y agrónomos han representado y categorizado a los pueblos amazónicos de Surinam en el horizonte de la descolonización, he invitado, además del «colonizador» y el «colonizado», a un tercer personaje a ocupar un lugar central en esta historia, tomando en consideración sus frecuentes interacciones y paralelos con las sociedades humanas que la rodean. Les presento a «kumako».

Intermezzo: Los hábitos alimentarios y los ciclos de vida de kumako y sus parientes.

En Surinam, las diferentes especies del género Atta son conocidas por la población creol como «pratoromira» (hormiga sombrilla), «pingomira» (hormiga pecarí) o «wroko mira» (hormiga trabajadora). La población indígena Kali'na las llama «kumako», y este nombre también ha sido adoptado por los Maroon Ndyuka. Dado que esta denominación es usada por todas las etnias de la Amazonía de Surinam, y que es corta y fácil de pronunciar, propongo usar kumako en el resto de este texto.

Las hormigas cortadoras de hojas, categoría que comprende a las kumako y a varias especies pertenecientes a los géneros Acromyrmex y Trachymyrmex, fueron posiblemente las primeras agricultoras en la Amazonía. Desde hace 50 millones de años llevan restos de hojas a sus hogares para cultivar distintos tipos de hongos Leucocoprineae que les sirven de alimento. En la relación simbiótica actual, ni la hormiga ni el hongo existen uno sin el otro (Hölldobler y Wilson, 2011: 89-94). Originalmente, las hormigas de las Américas fertilizaban sus cultivos de hongos con la ayuda de material que encontraban disperso, como desechos vegetales y pequeños restos de plantas marchitas. Este sigue siendo el caso de varios tipos de hormigas, pero hace unos 10 millones de años, una especie particular (los antepasados de las kumako y sus primas) desarrolló el hábito de cortar material vegetal directamente de las plantas vivas. Desde entonces, con el apoyo de unas mandíbulas que se hicieron cada vez más fuertes, han cortado hojas, tallos, pétalos y flores de las plantas que forman parte del sotobosque amazónico. La aparición de este comportamiento fue el parteaguas «attínico» [del género Atta] que revolucionó su posición como especie en los ecosistemas locales. En lugar de

recoger los desechos de otras formas de vida, las cortadoras de hojas podían beneficiarse ahora de las plantas vivas de su territorio, concentrando de esta forma en sus hormigueros la fertilidad de una gran superficie, además de transformar el material derivado de una gama de especies vegetales en el de una sola especie: el hongo que sus intestinos pequeños y altamente especializados podían procesar fácilmente (Hölldobler y Wilson, 2011: 11-30).

Una colonia se forma una vez que una reina kumako inseminada encuentra un lugar seguro, comienza a poner huevos y a cuidar las pequeñas cantidades de micelio de hongo que ha traído consigo del hormiguero natal. Solo un pequeño porcentaje de las reinas sobrevivirá al primer mes por sí mismas, pero una vez que lo logran, sus colonias pueden alcanzar un tamaño y una complejidad notables, constituidas por millones de miembros femeninos que pueden vivir hasta quince años y se subdividen en castas altamente especializadas. Los machos tienen una vida corta y son importantes para la especie, pero no necesariamente para la colonia. Solo inseminan a reinas de su propia colonia o de otra, las cuales fundarán luego sus colonias propias. Una colonia exitosa puede «territorializar» miles de metros cuadrados por año. La inteligencia de las kumako se ha visto forzada hasta límites más allá de los cuales, tener un cerebro mayor significaría una discapacidad evolutiva; pero una idea convincente, expresada por primera vez por el entomólogo estadounidense William Morton Wheeler, sostiene que las colonias de hormigas deberían ser consideradas como un único organismo, en cuyo caso podrían estar entre las criaturas más inteligentes del planeta. De hecho, podría decirse que las hormigas cortadoras de hojas formaron las sociedades más avanzadas de la Tierra (Hölldobler y Wilson, 2011: 1-10) antes de la llegada del *Homo sapiens*, el cual pudo trazar una vía de «desarrollo» basada en su potencial de comunicación altamente complejo (Christian, 2005: 171-206).

La llegada de esta última especie a la selva amazónica significó el fin de la posición de las kumako como líderes de las sociedades más complejas en el bioma, aunque vieron con alegría cómo el *Homo sapiens* aumentaba el área en la zona crepuscular de los márgenes del bosque mediante el establecimiento de la agricultura. En el espacio oscuro bajo el espeso tapiz amazónico, la vegetación del sotobosque es escasa, por lo que las kumako se sienten más a gusto en los márgenes, donde algo de luz permite que prosperen las plantas inferiores. Por la misma razón, las kumako sienten atracción por los asentamientos humanos, especialmente aquellos que se dedican a la tala para plantaciones agrícolas, ya que estos le proporcionan abundante material vegetal que se encuentra cerca del suelo.

El *Homo sapiens*, al igual que las kumako, se dedica a la agricultura. El *Homo sapiens* es un omnívoro, a veces consume sus cultivos directamente, a veces alimenta a otras especies con las que vive en simbiosis y que ha domesticado, como mismo hicieron las kumako con su hongo varios millones de años antes. Un alimento

predilecto, tanto del Homo sapiens como del hongo de las kumako en la Amazonía es la Manihot esculenta, también conocida como casaba, mandioca o yuca.



Figura 1: Kumako usando sus enormes mandíbulas para cortar la hoja de una planta. Fotografía: Alex Wild. Fuente: Holldöbler and Wilson, 2011, p. 61.

Dick Geijskes, el compañero mucho más joven de Stahel durante la expedición aérea, era un biólogo apasionado que, por consejo de Stahel, también había obtenido un doctorado en Basilea estudiando la población de libélulas de Röserenbach, un arroyo en la región de Basilea, antes de unirse a su mentor intelectual en 1938 en el Centro de Investigación Agrícola de Surinam. Habiendo orientado así la carrera de Geijskes, Stahel sumaba a un entomólogo especializado a su equipo, lo que con suerte le permitiría ampliar su base de conocimientos sobre los insectos de Surinam, particularmente aquellos que amenazaban los cultivos.

La frontera sur de Surinam con Brasil había sido demarcada apenas el año anterior, en una expedición dirigida por Conrad Carel Käyser, vicealmirante de la Marina neerlandesa. La expedición siguiente, dirigida por el sacerdote Willem Ahlbrinck, en 1939, tenía como objetivo específico recopilar información sobre el pueblo Wayana y establecer contacto con las comunidades Wana y Wajani-Koeli (ahora extintas) que vivían en la zona fronteriza (Ahlbrinck, 1956). Con el objetivo de que las ciencias biológicas también sacaran provecho de esta exploración hacia el sur, Stahel le pidió a Geijskes, como una de sus primeras tareas, organizar una tercera expedición a la zona habitada por la población indígena Wayana en las riberas de los ríos Lawa y Litani, afluentes del Maroni (Geijskes, 1942)².

Intermezzo 2: Las sociedades humanas en la Amazonía surinamesa al final del período colonial

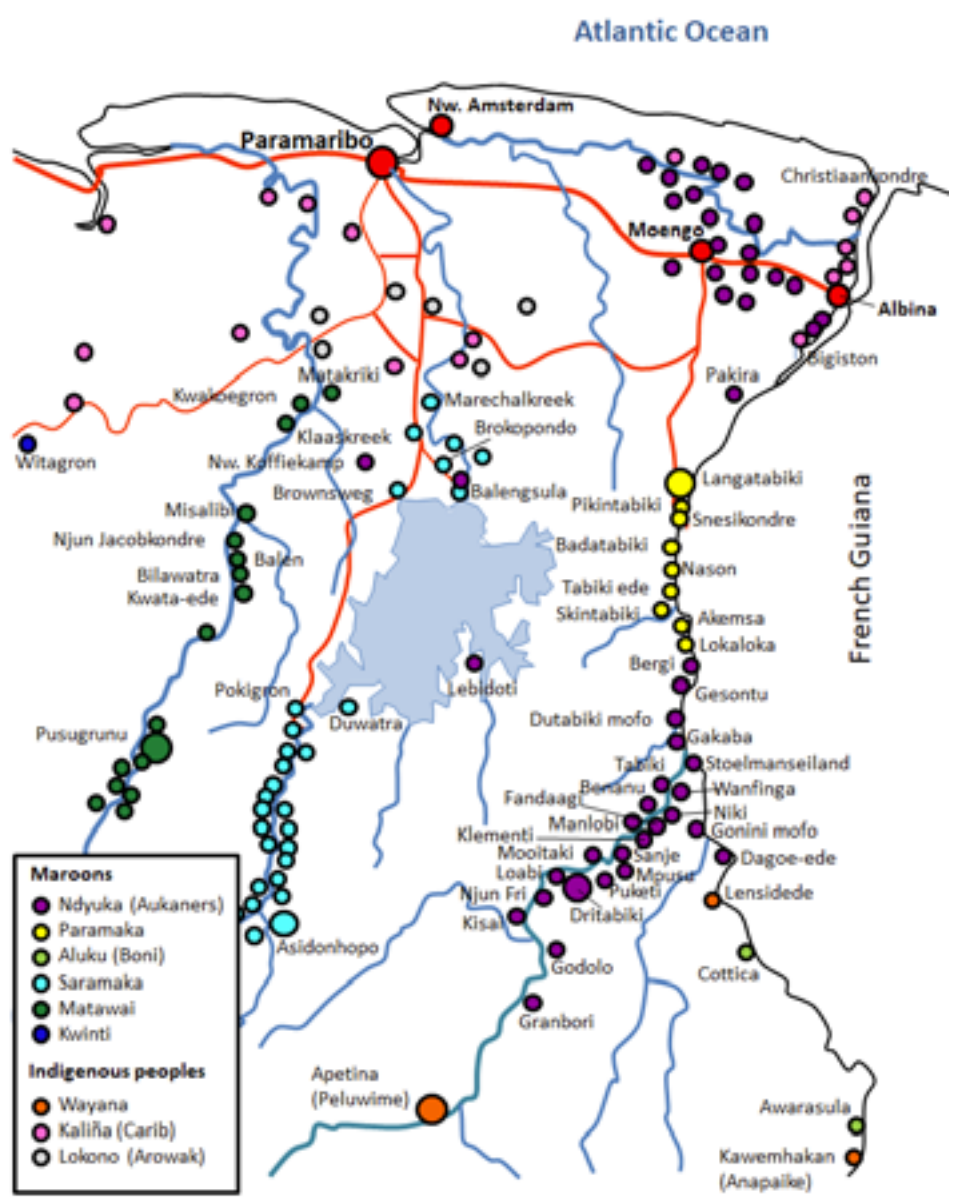
Para seguir el viaje de Geijskes desde Albina, en la costa, hasta las zonas habitadas de la nación indígena Wayana, quizás sea oportuno situarnos un poco mejor en el tiempo y el espacio. Surinam había sido colonia inglesa durante un breve período en el siglo XVII, seguida por el dominio colonial neerlandés a partir de 1667. Visto desde el Atlántico, Surinam formaba parte de lo que los potenciales colonizadores llamaron la «Costa Salvaje»: un área en el norte de América del Sur mayoritariamente cubierta por selvas tropicales, a

<2> Todas las traducciones de fuentes neerlandesas pertenecen al autor.

excepción de una estrecha franja a lo largo de la costa donde se pueden encontrar pantanos y manglares, además de una serie de sabanas diseminadas por la zona. Incluso, hoy en día, los bosques cubren más del 80 por ciento del territorio del país, lo que lo convierte en el más boscoso del mundo (FAO, 2015). Surinam se extiende hacia el interior hasta la línea divisoria natural que lo separa de la cuenca del río Amazonas, pero la ubicación exacta de esa frontera fue desconocida durante la mayor parte de su historia colonial. De hecho, hasta bien entrado el siglo XIX el control colonial sobre Surinam se limitaba a una estrecha franja a lo largo de la costa, donde los neerlandeses drenaron la tierra para crear un paisaje de pólde-res, parcelas ganadas al mar a través de un sistema de diques para crear tierras cultivables, que recordaba a su tierra natal. Este paisaje artificial estaba dividido en plantaciones, en las que trabajaban los africanos esclavizados y trabajadores asiáticos contratados (contract labourer). La población indígena se había retirado al interior y a los manglares que quedaban a lo largo de la costa. Esas mismas áreas fueron ocupadas también por africanos que huían de las plantaciones y quienes crearon las sociedades Maroon en el interior. Hoy en día, los cerca de 7000 habitantes indígenas del interior de Surinam son ampliamente superados en número por los Maroon (a menudo referidos por su denominación colonial de «negros de la selva»), de los cuales 57 000 todavía viven en sus tierras ancestrales.

El mapa 1 muestra las zonas donde viven las cuatro naciones indígenas restantes de Surinam (Kali'na/Carib, Lokono/Arowak, Trió y Wayana), así como las seis naciones Maroon (Ndyuka/Okanisi, Saamaka, Aluku/Boni, Paamaka, Matawai y Kwinti³). Las áreas blancas en el mapa, a excepción de la franja inmediatamente paralela a la costa (que es donde encontramos el Surinam urbano y rural, con la mayor parte de la población del país), son tierras (ya) no habitadas permanentemente.

<3> A diferencia de las indicaciones del mapa, utilizo la ortografía que más se alinea con las denominaciones utilizadas por el grupo indígena o Maroon en particular. En aquellos casos en los que el nombre propio del grupo difiere demasiado del exónimo, he dado ambos aquí, pero no continuaré haciéndolo en lo adelante.



Mapa 1: Asentamientos humanos del nordeste de Surinam. Elaborado por: M. Heemskerk, 2009. Demarcation of Indigenous and Maroon Lands in Suriname. Report Commissioned by the Gordon and Betty Moore Foundation and Amazon Conservation Team Suriname.

Geijskes se embarcó el 25 de junio de 1939 en Albina, en el estuario del río Maroni («Marowijne», en neerlandés, en el mapa), para viajar río arriba hasta tierras Wayana, en dirección a la frontera con Brasil. Como podemos ver en el mapa, para llegar a territorio Wayana se navega por largos tramos del río que forman parte de las tierras de los Maroon Ndyuka, Paamaka y, en última instancia, Aluku.

Geijskes no estaba solo: al igual que ocurre hoy, cuando se intenta viajar por el río Maroni toda la logística de la operación está a cargo de los Maroon. El barquero Pajé es presentado en el informe de Geijskes de la siguiente manera: «Pajé es el mayor y el líder, y me saluda como a un viejo conocido: también participó en la expedición de demarcación fronteriza cuando se remontó el Maroni, y

cualquier trabajador civil que le paga bien por sus servicios, es su amigo» (Geijskes, 1942: 199). Gran comienzo. Durante el resto del viaje, Geijskes se muestra impresionado por la fuerza física de los Maroon y su conocimiento del terreno, aunque es también un poco condescendiente y se sorprende con su cultura y costumbres.

Cuando la expedición entra en territorio Aluku, hacia el final de la segunda semana, se produce una acalorada discusión entre los lugareños y los tripulantes de Geijskes: los Aluku no toleran a los Ndyuka en sus tierras, según Geijskes, «porque temen la competencia en sus trueques con los indios» (Geijskes, 1942: 214). Finalmente, los Aluku permiten que la expedición continúe, tras lo cual se alcanzan las primeras aldeas Wayana. Para consternación de Geijskes, encuentra varias aldeas casi desiertas. En un asentamiento, «la mejor parte» parece vivir alrededor de las minas de oro situadas río abajo, mientras que «la única persona con vitalidad presente aquí, Maroeat, se ocupa de los ancianos, los enfermos, las mujeres y los niños». Geijskes también observa cómo los Aluku que forman parte de su expedición se acomodan en las hamacas de los lugareños y dejan que las mujeres indígenas les sirvan el guiso de mono que habían preparado. En otro pueblo desierto, Geijskes advierte la presencia de las kumako: «ahora tienen rienda suelta» (Geijskes, 1942: 213-222).

El regreso a la costa le parece a Geijskes un lento muestrario de sociedades que habían ido abandonando gradualmente sus culturas ante el confort de la civilización occidental. En ese sentido, señala que «el negro de la selva, aunque se trate de un pueblo de la naturaleza, sigue ligado a la civilización a través del dinero y numerosos artículos de utilidad». Su referencia a «pueblos de la naturaleza» («natuurvolk») se corresponde con la clasificación entre *Kulturvölker* y *Naturvölker* hecha por el zoólogo y geógrafo alemán Friedrich Ratzel (1844-1904) (Ratzel, 1921). Sin embargo, mientras que para Ratzel los pueblos de la naturaleza son aquellos que no han aprovechado plenamente las posibilidades de sus recursos y del territorio, para Geijskes la transición de un pueblo natural a uno cultural va inevitablemente acompañada de una pérdida, que lamenta solo en el caso de las comunidades indígenas. Describe de la siguiente manera el contraste entre los Maroon aculturados y los Wayana en su estado «natural»: «Los indios forman mucho más [que los Maroon] un pueblo de la selva, viviendo de acuerdo con lo que ese entorno boscoso tiene para ofrecerles. Por tanto, las demandas del indio son moderadas y sus necesidades limitadas. La gente vive aquí, más que los negros de la selva, en un estado comunista en el mejor sentido de la palabra». Sobre los Maroon, comenta que «el negro de la selva es un comerciante, no un agricultor, y además es un holgazán y un jactancioso. Compra todo lo que le parece útil y bonito, aunque su propio entorno pueda ofrecerle una alternativa igual de buena». Pero Geijskes observa que esto también está cambiando, ya que «ni siquiera los Oayana (Wayana) han permanecido

libres de las comodidades y placeres de la civilización. Desde hace mucho tiempo, el negro de la selva los ha seducido con su trueque» (Geijskes, 1942: 289-291).

Geijskes debió haber evocado estos recuerdos cuando el avión «De Snip» voló en apenas unas horas la misma distancia que le había tomado semanas recorrer en las canoas, unos pocos meses antes. Sobrevolando un asentamiento temporal indígena (Trió) y una aldea sedentaria de los Maroon (Saamaka), Geijskes escribe en su diario: «Allí: adaptación armoniosa a la naturaleza; aquí: la destrucción más imprudente del bosque». Una vez más, las kumako también parecen desempeñar un papel: «Las parcelas agrícolas [de los Maroon] están situadas en su mayoría a 10 km del río, a lo largo de los márgenes del bosque virgen. En medio hay una vasta área de tierra desolada y agotada, donde las hormigas parasol y los negros de la selva aseguran de que una reforestación adecuada sea imposible» (Stahel y Geijskes, 1940a: 446). Este fue también el mensaje que apareció en los periódicos después de que «De Snip» aterrizara nuevamente sano y salvo en Paramaribo. Geijskes declaró a la prensa: «De estos vuelos no se pueden sacar conclusiones sobre las posibilidades económicas del interior. Lo que sí vimos fueron tierras que estaban completamente deshabitadas, mientras que otras, principalmente en el valle de Saramacca y sobre todo el Alto Surinam, están siendo despojadas de su fertilidad de la manera más imprudente por los negros de la selva» (Geijskes, 1940).



Figura 2: Manejo del bosque por parte de los Maroon. A la izquierda, un terreno recién despejado de su cubierta forestal para desarrollar la agricultura. Nótese que las raíces de los árboles han sido dejadas intactas. Arriba, a la derecha, una parcela similar, dos años después de que cesara la agricultura, cubierta en gran parte por bosque secundario. Abajo, a la derecha: deforestación por parte de forasteros en tierras Saamaka. Fotos: Simon Lobach, enero de 2020, alrededores de las villas Saamaka de Pikin Slee y Pokigron.

En líneas generales, tanto en la época de Geijskes como en la actualidad, los Maroon son responsables de talar pequeñas parcelas de bosque en las que sus mujeres plantan luego diferentes cultivos. Cuando el suelo se agota, se tala otro tramo de bosque y se abandona la parcela existente, permitiendo que crezca bosque secundario en las parcelas antiguas. Stahel había observado en 1933 que «todos los negros de la selva» utilizaban cualquier parcela de tierra durante un año antes de dejarla en barbecho durante ocho años; mientras que la población indígena prefería utilizar cada parcela durante dos años, teniendo siempre en uso una parcela de primer año y una de segundo año para reducir el riesgo de pérdida total de la cosecha (Stahel y Müller, 1933: 15). Después de sus vuelos de exploración, el diagnóstico de Stahel es completamente diferente: en una publicación de 1944 explica las particularidades de los diferentes métodos agrícolas en referencia a los orígenes de las diferentes poblaciones, acompañado de una breve lección de historia. Argumentaba entonces que, a principios de la Edad Media, el método agrícola dominante en Europa era también el cultivo migratorio, tal como lo practican los Maroon. Sin embargo, debido a la presión demográfica, sostiene Stahel —omitiendo convenientemente algunos siglos—, los europeos comenzaron a utilizar guano, fertilizantes y métodos de selección de cultivos más «eficientes» con el objetivo de reducir la cantidad de tierra necesaria para alimentar a cada persona. Stahel no aprecia nada similar en Surinam y culpa a los «negros» de esta «agricultura ineficiente»:

Cuando las potencias europeas comenzaron a fundar colonias en África, encontraron numerosas tribus independientes que estaban constantemente en guerra entre sí, lo que impedía el crecimiento demográfico. A pesar de sus prácticas agrícolas improductivas, siempre había una gran cantidad de tierras forestales muy fértiles donde preparar nuevos sembrados. Bajo la supervisión europea, estas guerras llegaron a su fin y también se detuvo la trata de esclavos. Como resultado, la población local creció rápidamente, razón por la cual algunas regiones ahora están superpobladas y abundan las enfermedades [...] Si bien en otros lugares la necesidad ha obligado a la gente a utilizar métodos más eficaces para aumentar la productividad por hectárea, los negros en África reaccionan a la misma necesidad desplazándose a otros sitios o aceptando el hambre y la escasez (Stahel, 1944: 1-6).

Como los Maroon son africanos y no amazónicos, sostiene Stahel, han heredado estas prácticas de producción africanas. La diferencia de saberes entre los Maroon y los indígenas de la Amazonía de Surinam radica, según Stahel, en su comprensión e interpretación de nuestra vieja amiga la kumako: «Basándose en siglos de experiencia, los indios saben exactamente cómo controlar, o incluso evitar, al principal enemigo de la agricultura en la América tropical: la hormiga parasol» (Stahel, 1944: 3).

Así lo pude confirmar 80 años después en una conversación con Reinier Artist (n. 1935), autor Kali'na y uno de los primeros indígenas de Surinam en recibir una beca de estudios para venir a los Países Bajos. Reinier estudió agricultura tropical en la década de

1950, formación que complementó en la década de 1970 con una licenciatura en antropología cultural. Sobre las kumako, Reinier me cuenta: «Las hormigas son parte de nuestra existencia; son una condición previa para nuestra existencia, pero también una amenaza a nuestra existencia. Como viven de nuestros sembrados, se comen las hojas tiernas y así tenemos menos producción. Pero, por otra parte, dice el indio⁴, las hormigas son una condición necesaria para el futuro, nos dan un motivo para preparar nuevos sembrados, para seguir hacia adelante, cada vez un poco más lejos, tratando de que no alcancen los cultivos —lo cual no es cierto, las hormigas sí los alcanzan, pero así seguimos activos como indios. Y, en última instancia, también descubrimos que podemos comernos a las hormigas que devoran nuestra comida»⁵. Reinier Artist recordó que en cierta ocasión un «piaiman» (chamán) les explicó a él y a los demás niños de la aldea que las hormigas se llevaban las hojas a su hormiguero para alimentar a una serpiente que vive allá dentro, pero que solamente él había podido verla alguna vez. Podemos elegir entre afirmar que esta serpiente mítica funciona como alegoría de los cultivos de hongos, o ver esto como un saber alternativo sobre la forma de vida de las kumako.

Pero, regresando al análisis de Geijskes, le pregunté a Reinier si este modelo de cultivo migratorio podría continuar para siempre: ¿no podría llegar un momento en el que una aldea crezca tanto que no puedan respetarse los períodos de barbecho y las kumako ya no puedan ser evitadas? «Por supuesto», respondió Reinier, «en un período de 30 a 40 años, la aldea se desplaza un poco para estar más cerca de los sembrados. Una aldea puede albergar hasta 500 personas; de lo contrario, tendrás problemas con tus sembrados. En Bigi Póika (aldea natal de Reinier) estuvimos a punto de tener ese problema por ser casi 500 personas. Así que tuvimos que empezar a hablar, tal vez algunas personas debían mudarse a un lugar un poco más lejos».

Este episodio de la historia de Bigi Póika llegó también a conocimiento del Centro de Investigaciones Agrícolas. Un equipo de agrónomos visitó el pueblo al menos dos veces en 1950, incluyendo a Geijskes en el segundo viaje. En lugar de dividir el pueblo en dos, propusieron una centralización. La plaga de hormigas, según argumentaron, era

de tal magnitud que su erradicación con sulfuro de carbono [el método preferido de Stahel y Geijskes para matar a las kumako⁶] requeriría una cantidad superior a 1.000 florines. Por lo tanto, llegamos a la conclusión de que una erradicación a tal escala sería imposible, dado que los sembrados están ubicados demasiado lejos unos de otros. Algunos se encuentran a medio día en canoa. Por tanto, se aconsejó a los indios, como ha ocurrido en otros lugares, que concentraran sus sembrados. Una vez hecho esto, el gobierno podrá brindarles apoyo⁷.

Pero finalmente, me cuenta Reinier, Bigi Póika nunca superó la cifra crítica de 500 habitantes, aunque por una razón diferente: la gente comenzó a mudarse a Paramaribo después de que se construye-

<4> Normalmente no uso la palabra «indio» cuando me refiero a la población indígena de las Américas, ya que se deriva del infame error de Colón. Reinier, sin embargo, ha optado por utilizar consistentemente este término en todos sus escritos. Respetando esta elección de un indígena surinamés, no la he reemplazado en mi texto.

<5> Entrevista con Reinier Artist, realizada el 10 de agosto de 2021 en Oegstgeest (Países Bajos).

<6> Ver Stahel y Geijskes, 1940b.

ra una carretera que unía su aldea con la capital⁸. Esta carretera constituye un componente importante de la historia de Reinier por más de un motivo: en 1960, su propio padre murió en un accidente mientras trabajaba para ayudar a construir un puente en esta carretera (Artist, 2016).

Los habitantes del interior fueron gratamente bienvenidos en la costa, pero no para unirse a los barrios marginales que florecían alrededor de Paramaribo, sino para repoblar el sector agrícola de Surinam. Los surinameses creoles y de ascendencia asiática que alguna vez cosecharon café, azúcar y plátanos en las plantaciones del país, se estaban mudando a Paramaribo a un ritmo sin precedentes. Este éxodo rural preocupaba especialmente a Stahel, como director del Centro de Investigación Agrícola. Se había propuesto una variedad de soluciones, incluido un plan, hoy casi olvidado, para convertir a Surinam en un refugio para judíos europeos⁹, pero Stahel buscó alternativas más locales. Tras presentar algunos cálculos sobre el área que los «negros de la selva» estaban transformando en un «matorral de hormigas», el potencial crecimiento demográfico entre los Maroon debido a su «moralidad y hábitos» sexuales, y el número de ellos que podría desplazarse a las ciudades, Stahel propuso una alternativa simple: llevar a los Maroon a las plantaciones, las mismas de las que habían huido unos siglos antes. Dada la grave despoblación del distrito rural de Coronie, concluía Stahel, un reasentamiento de los Maroon les permitiría trabajar en las plantaciones, para que puedan, y cito: «dejar de ser negros de la selva y parásitos en nuestro país» (Stahel, 1944: 20-28).

Coda y conclusiones

En los párrafos anteriores, hemos visto ejemplos del discurso sobre los pueblos indígenas y Maroon a partir de sus relaciones con el entorno, así como los múltiples roles que la hormiga kumako parece desempeñar en la formación de este discurso. El Surinam de posguerra vería cambios importantes en su posición política y económica, pero este discurso permanecería inalterable.

Tras la promesa hecha en tiempos de guerra por la reina Guillermina de los Países Bajos para salvaguardar las exportaciones de bauxita surinamesa, tan importantes para la guerra aliada (en la década de 1940, Surinam era el principal exportador de bauxita del mundo), en 1954 la colonia se convirtió en una nación autónoma dentro del Reino de los Países Bajos. Anticipándose a esto, ya en 1952, la entonces recién creada Comisión de Planificación de Surinam había presentado sus ideas para el desarrollo del país. El primer Plan Decenal contenía muchas propuestas, pero una resultaba particularmente ambiciosa: el Plan Brokopondo. Según su artífice, Willem Johan van Blommestein, quien nunca había puesto un pie en Surinam, construir una presa en el río Surinam, cerca de la aldea Saamaka de Brokopondo, podía generar la electricidad necesaria

<7> «Poika moet concentreren», en: Het Nieuws, 5 de septiembre de 1950; y «Naar Bigi Poika», en: De West, 16 de octubre de 1950.

<8> Idem.

<9> *Rapport over de mogelijkheid van kolonisatie van Joden in Suriname*. Report commissioned by the States of Suriname. Archivos Nacionales de los Países Bajos, La Haya, Collectie Drukwerk, Inv. No. 10451.

para alimentar una planta de aluminio. De esa manera, en lugar de exportar bauxita en bruto, argumentaba Van Blommestein, Surinam podría producir su propio aluminio y retener mayores ganancias de la cadena de valor de la bauxita-aluminio. Geijskes, que para ese entonces ya había asumido diversos cargos, incluido el de Director de Investigación Científica y Director del Museo de Surinam, fue contratado para realizar una evaluación de los impactos ecológicos de la presa. Lamentablemente, no he podido encontrar ningún rastro de esta evaluación y no está claro si alguna vez la entregó. Ello no habría supuesto necesariamente cambio alguno, pues el gobierno de Surinam deliberadamente se abstuvo de publicar otros informes sobre los impactos ambientales de la presa¹⁰.

A pesar de todo, el embalse se construyó en 1964, inundando más de 1500 km² de selva tropical, desplazando por la fuerza a entre 5000 y 6000 Maroon y matando a un número desconocido de kumako. La destrucción del paisaje por parte de los Maroon y las kumako contra la cual Stahel se había pronunciado, fue significativamente superada por el gobierno de Surinam. La «transmigración» de los Maroon desde las tierras inundadas hacia nuevas aldeas, tuvo una serie de impactos que todavía hoy son visibles: aquellos que migraron río arriba ejercieron una presión adicional sobre los ya escasos recursos en las aldeas a lo largo del alto río Surinam; quienes se establecieron en las «aldeas de migrantes» construidas por el gobierno pronto se vieron sin medios de vida adecuados aparte de la minería de oro; y eventualmente muchos jóvenes Maroon se unieron al proletariado urbano en Paramaribo (Scholtens, 1994).

Surinam obtuvo la independencia en 1975. La democracia duró hasta que un golpe de estado llevó al poder al sargento Dési Bouterse, en 1980. Unos años más tarde, estalló la Guerra del Interior, un conflicto multifacético en el que el ejército de Surinam, de conjunto con facciones armadas indígenas (los «Tucayana Amazonas») lucharon contra un grupo Maroon unido en la guerrilla «Jungle Commando», que recibía el apoyo de la oposición política exiliada en los Países Bajos. Este conflicto, que tuvo lugar en gran medida en el interior, provocó que una ola de refugiados, tanto Maroon como indígenas, cruzara el río Maroni hacia la Guayana Francesa, donde todavía residen hoy (Hoogbergen y Kruijt, 2005).

La historia ambiental de Surinam es una historia de destrucción. El hecho de que el país haya podido mantener una extensión tan grande de su cubierta boscosa no es el resultado de una exitosa conservación, sino de una colonización fallida. La hostilidad de los Maroon y de las comunidades indígenas ha mantenido a los colonizadores fuera del interior amazónico del país durante siglos. Esta zona solo pudo entrar bajo el control del gobierno colonial en el siglo XX. El ejército neerlandés desempeñó un papel en la demarcación de las fronteras, al igual que los misioneros, pero otro rol (a menudo pasado por alto) lo desempeñaron los esfuerzos científicos por explorar Surinam más allá del «fin del mapa». Disfrazados de con-

<10> Tal y como fue denunciado por el político neerlandés Johannes Reijers durante el debate en el Senado del 27 de febrero de 1962. Archivos Nacionales de los Países Bajos, La Haya, Inv. No. 296, Kabinet van de Vice-Minister-President en Kabinet voor Surinaamse en Nederlands-Antilliaanse Zaken, 1959-1975.

servacionistas, los exploradores científicos del interior de Surinam en las décadas de 1940 y 1950, en realidad estaban impulsando una agenda para centralizar las poblaciones humanas y romper con métodos agrícolas centenarios. Sin embargo, las políticas de fertilización y erradicación de plagas propuestas no podían garantizar de manera sostenible el suministro de alimentos en el área, dado que los nutrientes se pierden inevitablemente a través de los suelos arenosos de la Amazonía (Hecht y Cockburn, 2010). Los nutrientes en la Amazonía se invierten en los árboles, en los cuatro niveles de sotobosque y en sus hormigueros. Si estos son eliminados, se elimina la fertilidad de toda el área.

¿Estaban entonces completamente equivocados Geijskes y Stahel en sus valoraciones? No, la superpoblación que señalaron era real y problemática, tanto para las sociedades Maroon como para las indígenas. Mientras que un pueblo como Bigi Póika todavía podía tener un espacio vacío hacia donde expandirse, este no era el caso de muchas de las aldeas Maroon ubicadas más cerca de la costa, en una zona del país más densamente poblada. Las categorizaciones raciales establecidas por los escritos de Geijskes y Stahel, que se hacen eco de ideas raciales más antiguas y que se repiten en las políticas gubernamentales hacia las poblaciones amazónicas de Surinam hasta el día de hoy, son más reveladoras sobre la actitud asumida por diferentes grupos étnicos frente a su entorno que sobre cualquier diferencia real entre grupos étnicos de la Amazonía de Surinam. Hoy en día, la población Maroon se encuentra profundamente desarraigada, la enemistad entre el Maroon y el indígena sigue siendo una realidad, y la concesión de tierras Maroon a empresas extranjeras ha agudizado aún más la desconfianza entre estos y otros surinameses —hechos todos que se basan, en gran medida, en la actitud generalmente negativa de otros surinameses hacia los Maroon. Surinam es independiente, pero aún no está descolonizado.

Epílogo: el patrón alimenticio del Homo sapiens

La reina kumako elige el lugar donde anidará, donde permanecerá toda su vida. Dentro del hormiguero, una auténtica casta de guerreras se encarga de defenderla, de luchar contra los intrusos y ampliar el territorio. Sus compañeras de trabajo despojan el área de la mayor parte de su fertilidad, que es utilizada para alimentar al hongo del centro. El Homo sapiens solía tener un método similar: pastoreaba alrededor de sus asentamientos a otras especies con las que vivía en simbiosis. Incapaz de consumir directamente las hierbas que estas podían digerir, el Homo sapiens supervisaba el pastoreo de vacas, ovejas y camellos, de los que luego consumía la carne y los lácteos, y con los que abonaba sus sembrados. En ocasiones, podían surgir conflictos entre las colonias de Homo sapiens sobre la cuestión de quién podía pastorear a sus animales y en qué lugares.

Pero, desde hace algunos siglos, el Homo sapiens se pelea cada vez más por otras cosas. En lugar de llevar a sus animales a los pastos, ahora los mantiene en un lugar, hacia donde transporta los pastos que los alimentan. En este lugar residen las reinas y las castas superiores del Homo sapiens, que suelen ser de tez clara. Estos gigantescos hormigueros de la modernidad suelen ubicarse en las zonas templadas, donde el Homo sapiens acumula la fertilidad del resto del planeta para alimentar a unos cuantos miles de millones de animales. Las tierras más lejanas son despojadas de su fertilidad de la manera más imprudente. Para ello, el Homo sapiens utiliza a su casta recolectora, a menudo de tez más oscura. La Amazonía es transformada en pastizales para alimentar al ganado. En este proceso, pierde a su fertilidad, pero esta fertilidad provoca la eutrofización de tierras y océanos en otros lugares. La bauxita y otros metales son extraídos del suelo para crear gigantescas canoas aladas, emisoras de gases que modifican el clima. El Homo sapiens gobierna ahora todo el planeta como el territorio de una sola colonia, y principalmente pelea sobre la cuestión de quién puede residir en el hormiguero y quién debe buscar comida.

Todo para alimentar a la serpiente en medio del hormiguero.

Bibliografía citada

AHLBRINCK, W. (1956): *Op zoek naar de Indianen: Verslag van een expeditie naar de zuidgrens van Suriname ter opsporing en bestudering van twee onbekende Indianenstammen: de Wama's en de Wajani-Koele's*, Amsterdam: Koninklijk Instituut voor de Tropen.

ARTIST, A.R. (2016): *Indiaans verhaal: In de schaduw van twee beschavingen*, Zutphen (Países Bajos): Walburg Pers.

CHRISTIAN, D.G. (2005): *Maps of Time: An Introduction to Big History*, Berkeley: University of California Press.

FAO (2015): *Global Forest Resources Assessment 2015*. Desk Reference, Roma: FAO.

GEIJSKES, D.C. (1940): «Luchtverkenning in Suriname», *Provinciale Geldersche en Nijmeegsche Courant*, 23 de mayo de 1940.

GEIJSKES, D.C. (1955): «De landbouw bij de Bosnegers van de Marowijne», *De West-Indische Gids*, vol. 35, 135-153.

GEIJSKES, D.C. (1957 [1942]): «Met de Oayana's op stap: Verslag van een reis naar de Litani (Boven Marowijne) in Suriname», *Vox Guyanae*, vol. 2, 5/6, 193-300.

HECHT, S. y COCKBURN A. (2010 [1989]): *The Fate of the Forest: Developers, Destroyers, and Defenders of the Amazon*, Chicago (EUA): University of Chicago Press.

- HEEMSKERK, M. (2009): *Demarcation of Indigenous and Maroon Lands in Suriname. Report Commissioned by the Gordon and Betty Moore Foundation and Amazon Conservation Team Suriname.*
- HÖLLDOBLER, B. y WILSON, E.O. (2011): *The Leafcutter Ants: Civilization by Instinct*, New York (EUA): W.W. Norton & Company.
- HOOGBERGEN, W. y KRUIJT, D. (2005): *De Oorlog van de Sergeanten: Surinaamse Militairen in de Politiek*, Amsterdam: Bakker.
- KUNAWARUKU (1995): «Canción» en: M. van Kempen, *Spiegel van de Surinaamse poëzie*, Amsterdam: Meulenhoff.
- RATZEL, F. (1921 [1882-91]): *Anthropogeographie*, Stuttgart (Germany): Verlag von J. Engelhorn's Nachf.
- REYNE, A. (1955): «Ter herinnering aan Prof. Dr. Gerold Stahel en zijn werk voor de landbouw en het natuuronderzoek in Suriname», *The New West Indian Guide*, vol. 36, 1, 2-8.
- SCHOLTENS, B. (1994): *Bosnegers en overheid in Suriname: De ontwikkeling van de politieke verhouding 1651-1992*, Paramaribo: Afdeling Cultuurstudies/Minov.
- STAHEL, G. (1938): «Sobre o fungo cultivado pela formiga *Atta cephalotes* L», *Anais da Primeira Reunião Sul-Americana de Botânica*, Rio de Janeiro (Brasil).
- STAHEL, G. (1944): *Het Boschnegervraagstuk en het Coronie-plan*, Paramaribo: Departement Landbouwproefstation Suriname, Mededeeling 9.
- STAHEL, G. y GEIJSKES, D.C. (1940a): «Drie verkenningsvluchten boven Suriname's binnenlanden met het K.L.M. vliegtuig "De Snip"», *Tijdschrift van het Koninklijk Nederlandsch Aardrijkskundig Genootschap*, vol. 57, 441-457.
- STAHEL, G. y GEIJSKES, D.C. (1940b): *De Parasolmieren en hunne bestrijding*, Departement Lanbouwproefstation Suriname, Bulletin 56.
- STAHEL, G. y MÜLLER, H. (1933): *Gegevens over de vruchtbaarheid der Surinaamsche binnenlanden*, Paramaribo: Departement Landbouwproefstation in Suriname, Bulletin 52.